

El Sospechoso

[This Way Out]



Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2022

Título original: *This Way Out*, 1940

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º - pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Traducción: © Susana Carral, 2022

Cubiertas: Carteles originales de la película *The Suspect* (1944), de Robert Siodmak, producida por Universal Pictures

IBIC: FFC

ISBN: 978-84-19124-00-5

Depósito legal: M-5786-2022

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El Sospechoso

[This Way Out]

James Ronald

Traducción de Susana Carral



Crashing with Shattering
IMPACT!

Charles
LAUGHTON
Ella **RAINES**

the **Suspense**



with **DEAN HAGEN**
STANLEY C. RIDGES • **FRANK CONROY**
ROSALIND WALKER



Screen Play by Bertram Millhauser Adaptation by Arthur T. Horman From the Novel by James Ronald Directed by **ROBERT SIODMAN** Produced by **ROBERT SIODMAN**



Índice

Introducción <i>Única salida</i>	9
EL SOSPECHOSO	17
Capítulo 1	21
Capítulo 2	29
Capítulo 3	39
Capítulo 4	49
Capítulo 5	61
Capítulo 6	71
Capítulo 7	87
Capítulo 8	99
Capítulo 9	111
Capítulo 10	123
Capítulo 11	137
Capítulo 12	149
Capítulo 13	163
Capítulo 14	171

Capítulo 15	179
Capítulo 16	193
Capítulo 17	203
Capítulo 18	211
Capítulo 19	223
Capítulo 20	229
Capítulo 21	243
Capítulo 22	251
Capítulo 23	267
Capítulo 24	273
Capítulo 25	283

Introducción

Única salida

A VECES EL MEJOR escribano echa un borrón, y otras el más modesto sorprende por lo bien que le sale un día la caligrafía, la elegancia del trazo, la limpieza de la página. Eso es lo que le ocurrió a James Ronald (1905-1972) con su novela *This Way Out* (1940), conocida popularmente como *El sospechoso*, que es como la retituló Robert Siodmak cuando la llevó al cine en 1944, con Charles Laughton y Ella Raines en los papeles principales.

Un *thriller* que, como los buenos licores, ha ido ganando con el paso del tiempo. A José Luis Garci, por ejemplo, le parece que *El sospechoso* ha superado con los años a clásicos como *Sospecha* (1940), de Alfred Hitchcock; *Berlín Express* (1951), de Jacques Tourneur; o *Cartas envenenadas* (1951), de Otto Preminger.

Y es verdad que si alguien es capaz de creerse que un señor obeso de edad media, como Laughton —que borda su papel pese a su físico—, puede enamorar a una joven de

buen ver, como Ella Raines, la película resulta apasionante. Tanto como la novela de Ronald, donde la imaginación del lector puede poner a dieta al protagonista todo lo que le plazca y afean a la chica lo que considere conveniente.

Más fiel al texto original es la Cora del cine, interpretada por Rosalind Ivan, que se hace odiosa enseguida al espectador sin necesitar para ello ser tan sucia, glotona y contrahecha como la de la novela. Ronald no le ahorra adjetivos despectivos: «Cora lo esperaba despierta y su flácido cuerpo, liberado del corsé, se desparramaba sobre el sofá como una excrecencia monstruosa».



Ella Raines.

Sucia, roñosa, egoísta, mentirosa y antipática, Cora hace la vida imposible a su marido, Philip Marshall, a su hijo, John, y a cualquiera que se le ponga por delante. No permite un momento de relax, empeñada en manías absurdas como la de quitar las bombillas de la casa, dejando zonas a oscuras. Por eso, cuando aparece en escena Mary Grey, una joven atormentada con nombre de un tipo de té, no se tarda en advertir que Cora tiene todas las de perder.

Ella, la bruja, como el perro del hortelano, ni come ni deja comer, una postura que acabará por condenarla. Y ahí es donde comienzan realmente la novela y la película, con la muerte de Cora, narrada de un modo expresionista, con tal crudeza que provoca agujetas al lector, agobiado por el esfuerzo que se precisa para dar fin a la víctima. Recuerda,



El abnegado Philip (Charles Laughton) vive amargado por Cora (Rosalind Ivan), su insoportable esposa.

aunque sea de lejos, al angustioso asesinato de *Cortina rasgada* (1966), de Alfred Hitchcock, cuando Paul Newman asfixia en un horno de gas al comisario político comunista que controla todos sus movimientos.

Cometido el crimen surge la sospecha, término que Siodmak escogió con acierto como título de su película, capaz de mantener al lector al acecho hasta la última página de la novela, donde curiosamente, y eso es otro ejemplo de singularidad, no hay sentimiento de culpa. Ahora que hasta James Bond va al psiquiatra para que le libere de las secuelas del





Charles Laughton,
en una escena de
El sospechoso (1944).

oficio de asesino a sueldo del Estado que ha ejercido con resignada eficiencia durante décadas, Philip Marshall da la espalda a lo políticamente correcto y no pierde el sueño lamentando el triste final de la alimaña que le amargaba la vida. Su preocupación, al igual que la del lector—el espectador en el caso de la película de Siodmak— es sortear el riesgo a ser detenido por Scotland Yard.



Charles Laughton soporta el acoso del inspector Huxley (Stanley Ridges).

Ambientada en Londres a mediados de los años treinta —se sabe porque a Cora le gusta el galán de cine norteamericano Fredric March—, *El sospechoso* ha salvado del olvido a James Ronald, autor de treinta y ocho novelas, siete de ellas firmadas con los pseudónimos de Kirk Waller y Michael Crombie, del

que se conoce poco o muy poco. Ni siquiera hay acuerdo sobre la fecha de su muerte, aunque parece ser que sucedió en 1972. Durante sus últimos catorce años de vida no escribió, o al menos no publicó, una sola línea.

Nacido en la capital escocesa de Glasgow en 1905, Ronald emigró a Fairfield, en el estado norteamericano de Connecticut, entre 1938 y 1955, año este último en el que fue expulsado de Estados Unidos y se vio obligado a regresar a su tierra, lo que significa que durante la Segunda Guerra Mundial se mantuvo alejado del frente europeo, territorio que tanto atrajo a escritores norteamericanos de su época



Printed in the United States of America—Copyright 1944, Universal Pictures Co., Inc.—Permission granted for newspaper and magazine reproductions

Robert Siodmak, derecha, dirige a Ella Raines y a Charles Laughthon en una escena.

como Ernest Hemingway o John Dos Passos. Al parecer, un accidente automovilístico en el que se rompió la cadera y le mantuvo tres meses en el hospital, le produjo lesiones capaces de obligarle a apartarse de cualquier actividad militar.

Se le ha comparado con C. S. Forester (1899-1966) por su misma afición a reflejar la atmosfera asfixiante de la pequeña burguesía británica, y con John Dickson Carr (1906-1977) por lo imaginativo de sus argumentos, pero jamás logró la fama de disfrutaron estos dos autores.

Bien considerado por otros novelistas populares de su época, que destacaron su prosa seca y directa, uno de sus

personajes, el periodista Julian Mendoza, del *London Morning World*, logró cierta notoriedad y protagonizó varios títulos tras debutar en *Death croons the Blues* (1934).

Aunque otras novelas de este autor, como *Murder in the Family* (1936), *They Can't Hang Me* (1938) y *The Angry Woman* (1950), fueron reeditadas repetidas veces tras su publicación, e incluso traducidas a otros idiomas, sobre todo al francés, es *El sospechoso* (*This Way Out*) la que lo ha sentado en el escaño de los inmortales, empujado por Robert Siodmak y su adaptación cinematográfica. Inédita hasta ahora en español, cualquiera que la lea se dará cuenta enseguida de que reúne méritos más que suficientes para que James Ronald no caiga en el olvido.

S. CARRAL y J. EGIDO

El Sospechoso

[This Way Out]





A mis acreedores,
cuya creciente impaciencia
ha hecho necesario este libro.

Capítulo I

EN EL OTRO EXTREMO de la barra estaban contando anécdotas y Philip quería tomar parte, pero Simmons lo sujetaba con fuerza por la manga. Simmons se expresaba con locuacidad: tal era su impaciencia que a veces la lengua se le trababa y se comía el final de las palabras. Le hablaba a Philip de un libro que tenía la intención de escribir e iba preparando el camino para pedirle prestada una libra. Llevaba años contando cosas de ese libro, tan pronto lograba agarrar alguna manga y acorralar a su dueño en un rincón. Al principio había dado muy buenos resultados como preludio al préstamo, ya que parecía pura tacañería negarle un pequeño adelanto a un hombre a punto de ganar una fortuna gracias a los derechos de la novela por entregas, la película y el libro, pero ahora pocos habituales de *The Hole in the Wall* (El agujero en la pared) le hacían caso.

Antes de cumplir treinta años, Simmons había escrito tres novelas prometedoras. Ahora ya tenía treinta y cinco y llevaba años sin escribir una sola línea. Continuaba des-

cribiéndose como novelista y se sentía herido si alguien le sugería que buscara empleo. Todas las tardes, a las siete, entraba pavoneándose en la sala principal de *The Hole in the Wall* con un chelín en el bolsillo y a la hora de cerrar salía titubeante, borracho de cerveza y conservando la mayor parte de su dinero. Nunca pagaba más que la primera bebida de la noche: el resto se lo proporcionaban, a regañadientes, los habituales del *pub*. Esos parroquianos solían prometer que no lo incluirían al pedir una ronda, pero cuando iban a pagar siempre descubrían que la pinta de Simmons había sido incorporada a la cuenta.

El camarero repitió cansinamente por tercera vez:

—Es la hora, caballeros, por favor.

—Dos pintas de cerveza amarga —dijo Simmons, al tiempo que empujaba una jarra vacía sobre la barra. Para quedar bien, hizo como si buscara dinero en los bolsillos antes de decirle a Philip—: Vas a tener que pagar tú, amigo. Yo estoy sin blanca.

—Lo siento, señor. Ya ha pasado la hora de cierre.

—Pero las pedí hace cinco minutos. Tú me oíste pedir-las, ¿verdad, Marshall?

—No —contestó Philip.

El camarero no hizo caso.

—Vamos, caballeros. Terminen sus bebidas. Ya es hora de cerrar.

Simmons golpeó la barra con su jarra vacía.

—¿Cómo demonios quiere que termine mi bebida si no tengo nada que beber?

—Vámonos —dijo Philip mientras lo agarraba del brazo—. Es tarde.

—No pienso marcharme —contestó Simmons, golpeando con más fuerza que antes—. Pedí las cervezas hace diez o quince minutos y pienso quedarme aquí hasta que me las sirvan, aunque tenga que esperar toda la noche.

El dueño del *pub*, un hombre flemático de hombros inmensos, salió de su tugurio, situado tras la barra, y se quedó mirando a Simmons. Los pocos clientes que estaban terminando sus bebidas estiraron el cuello con la esperanza de ver cómo llevaban a Simmons en volandas hasta la puerta. El dueño era capaz de hacerlo. Se trataba de un exboceador profesional con cuerpo de campeón, aunque no había llegado lejos en el cuadrilátero debido a sus problemas estomacales. Le gustaba hablar de ellos y apreciaba a Philip Marshall porque era el único de sus clientes habituales que se mostraba interesado al respecto. Pero, por muchos problemas estomacales que tuviera, podía manejar a doce como Simmons.

Los habituales esperaron en silencio a que ocurriese algo, aunque no pasó nada. Al menos nada interesante. El dueño miró fijamente a Simmons durante un momento y luego observó con sorpresa la jarra, que aún daba golpes. Simmons dejó de golpear y soltó la jarra. El dueño levantó la hoja móvil del mostrador y acompañó hasta la puerta a los clientes que ya se iban.

—Buenas noches, caballeros. Nos vemos mañana.

Philip pensó que lo más probable era que fuese así. Los vería a todos al día siguiente, Philip incluido. A sus cuarenta y seis años, Philip Marshall se había convertido en un cliente habitual, un parroquiano, un miembro del grupo que todas las noches salía de *The Hole in the Wall*

a los pocos minutos de la hora del cierre. La mayoría de los otros tenían los mismos motivos que él para entretenerse lo más posible en aquel sitio: era mucho más agradable que sus hogares.

El aire puro golpeó a Simmons con fuerza física y lo hizo retroceder en diagonal hacia la pared. Philip lo siguió sin darse prisa y lo agarró del brazo.

—Voy a vomitar.

—Se te pasará en un momento.

—Te digo que voy a vomitar. Lo sé de sobra.

Tenía razón. Entre fuertes espasmos se libró de todo cuanto había consumido. Después Philip lo condujo hasta su casa por las calles adormecidas. Simmons continuaba parlotando sobre su libro. Iba a tratarse de una novela de misterio, aunque no tendría comparación con las novelas de suspense normales, porque sería como comparar un grano con el Everest. Dijo que el problema de la mayoría de las novelas de misterio era que resultaban demasiado complicadas. Los asesinatos se cometían con revólveres ocultos en relojes o plumas o radios: una solemne tontería. El crimen perfecto debía ser tan sencillo que nadie llegase a sospechar que se trataba de un asesinato. Lo mejor era un accidente planeado de antemano.

—Odias a un hombre y quieres matarlo, pero no te apetece acabar en la horca. ¿Cómo lo solucionas? Te haces amigo de él y una noche te lo llevas de juerga por la ciudad. Lo invitas a una buena comilona con mucho alcohol y sigues empujándolo a beber hasta que casi no pueda caminar. Tú también estás algo bebido, pero simulas estarlo mucho más. Volvéis a casa en metro cuando los andenes estén repletos

de gente que ha ido al teatro y regresa a sus barrios. Todos se abren paso a empujones para intentar colarse en el tren que se acerca y, en medio de la muchedumbre, empujas a tu pobre amigo, que cae a las vías. Una pena. Una tragedia. —Simmons chasqueó la lengua con tristeza—. O compras un revól... un revól... un arma y se la muestras a tus colegas del bar de tu barrio. Una noche se la enseñas a ese amigo especial y el arma se dispara por accidente. Todo el mundo sabe que eso es posible si se juega con armas. Durante las pesquisas, el investigador forense te regaña por haber sido tan condenadamente descuidado y espera que te sirva de lección. No tienes licencia de armas, así que te imponen una multa de cincuenta libras o te envían tres meses a la cárcel. Pero no te cuelgan. Fue un accidente y nadie puede demostrar lo contrario.

—Ya hemos llegado a tu verja —dijo Philip al tiempo que reprimía un bostezo.

—Suéltame el brazo hasta que encuentre la llave.

Philip obedeció. Simmons cruzó el sendero del jardín tambaleándose y se cayó sobre un rosal. Quiso levantarse entre maldiciones, mientras se arrancaba espinas de la trasera del pantalón. Philip se acercó para ayudarlo, pero Simmons lo apartó de un cabezazo.

—Déjame en paz. Me has empujado —le dijo.

Luego ascendió las escaleras principales a cuatro patas. Se agarró al picaporte, se levantó y apretó el timbre con el pulgar. Siguió llamando, mientras el timbre sonaba insistente por toda la casa, hasta que se encendió una luz en el piso de arriba.

Simmons miró por encima del hombro y se rio.

—Mi queridísima esposa, que Dios la bendiga... la maldiga —dijo y se dejó caer en los brazos de Philip.

El vestíbulo se iluminó y una mujer en pijama abrió la puerta. Le dedicó una mirada de odio absoluto a Simmons, que seguía riéndose mientras Philip lo sujetaba, y luego se hizo a un lado.

—Ayúdelo a entrar.

Ya en el vestíbulo, Simmons luchó por enderezarse y se liberó del abrazo de Philip. Se tambaleó hacia su esposa, con los brazos exageradamente estirados.

Sin acalorarse, ella alzó la mano y le dio una bofetada. El marido retrocedió, cayó contra una lámpara de pie, resbaló hasta el suelo y allí se quedó, desplomado. Luego la pantalla se desprendió y acabó sobre su cabeza.

La mujer continuaba mirándolo desapasionadamente. Nada más verla, Philip había pensado que rondaba los cuarenta, pero enseguida comprendió que tendría diez años menos, si no era más joven. En su rostro se apreciaban la palidez y el gesto distante de quien ha muerto, de quien ha sufrido mucho antes de morir, de quien ha alcanzado la gélida calma de los difuntos. Tenía unos rasgos bonitos. Philip pensó que, antes de morir, debía de haber sido muy guapa.

—Y yo desperdicio mi vida esclavizándome para mantenerlo —dijo. Luego miró a Philip—. Supongo que debo darle las gracias. Es el único compañero de copas que se ha molestado en acompañarlo a casa. No es que me preocupe que pueda no volver conmigo, pero cuando anda por ahí borracho se mete en líos y eso me cuesta un dinero que no puedo permitirme. Hace un mes se fue de paseo con un coche que encontró en la puerta de un bar y lo destrozó.

Philip guardó silencio. No tenía sentido hablar. La mujer no buscaba que se compadeciera de ella. Ya había superado esa etapa en la que la compasión ajena habría servido de ayuda.

—Usted no parece como Gilbert —continuó ella en tono seco—. Tiene aspecto de hombre respetable con trabajo fijo. Oficinista jefe o algo similar.

—Tiene buen ojo para juzgar a las personas.

—¿Por qué se molesta en ayudarlo? No es su obligación. No está casado con él. No significa nada para usted. ¿Cómo puede soportarlo?

—No lo sé. Llevo una vida solitaria y...

—Debe de estar muy necesitado de amigos si no consigue nada mejor que ese gorrón borracho.

—Estoy necesitado de amigos, sí, pero no es solo por eso. Cuando era más joven, quería escribir y él es el único escritor que conozco.

La mujer se rio y su risa no resultó agradable.

—Tiene gracia. Tiene mucha gracia. Usted lo invita a beber por el mismo motivo que yo me casé con él. Era el único escritor al que conocía. Me pareció que ser la mujer de un novelista podría resultar diferente. ¡Y tanto que ha sido así! A los pocos días de casarnos me anunció que no tendría dinero hasta que terminase su próximo libro. Para ir tirando mientras lo acababa, recuperé mi antiguo empleo. Continué esperando a que lo termine. Llevo cinco años esperando.

—Debería echarlo de casa.

—No me diga lo que debo hacer —contestó ella—. Lo sé muy bien, mucho mejor que usted. De lo contrario no se

conformaría con la compañía de un hombre como él. —Señaló con desdén a su marido, despatarrado en el sueño con la pantalla de la lámpara en la cabeza, como un matabandelas—. ¿Por qué no se casa, si se siente tan solo? No es tan mayor; tendrá cuarenta y tantos. Muchas jóvenes se alegrarían de vivir con un buen hombre como usted.

—Estoy casado.

—Ah. Casado y solitario. Creía que solo las mujeres se sentían solas después de casarse. Así que usted también está atrapado, ¿no?

—Sí —contestó Philip—. También estoy atrapado.

—Apuesto a que su situación no es tan mala como la mía.

—Perdería.

—Caramba, su esposa tiene que ser un monstruo.

—Lo es.

El rostro de ella se suavizó un instante.

—Pobre hombre. No tiene aspecto de merecerlo. —Se encogió de hombros y añadió—: ¡Qué diablos! Me voy a la cama antes de que empecemos a llorar uno en el hombro del otro.

—¿Y él? —preguntó Philip, señalando a Simmons, que había empezado a roncar.

—Nadie le pidió que se tumbara ahí.

—Pero se sentirá agarrotado cuando se despierte.

—Eso espero —contestó la mujer y empezó a subir las escaleras.

Capítulo 2

CAMINO DE CASA por una calle bordeada de árboles, Philip vio que una figura conocida se acercaba hacia él. Se detuvo bajo una farola y esperó. La figura se aproximó aún más: el resplandor amarillento de la farola iluminó un rostro joven y solemne, una cabeza sin sombrero, con una buena mata de cabello castaño y rizado.

—Hola, John —dijo Philip con un ansia conmovedora en la voz.

El joven se sobresaltó y luego sonrió.

—Hola, papá.

Se estrecharon la mano y se quedaron mirando el uno al otro, incómodos. El chico era una cabeza más alto que Philip y tenía complexión atlética. A pesar de su tamaño, parecía muy joven: no aparentaba los veintitrés años que contaba. Sus rasgos eran delicados, como los de una escultura griega. Siempre que lo veía, Philip se asombraba de que semejante muchacho pudiese ser hijo suyo. Le resultaba imposible pensar que era hijo de Cora.

Años atrás, el día de la entrega anual de premios del deporte en la escuela de enseñanza secundaria en la que John había estudiado, Philip había oído un fragmento de conversación entre dos chicos. Uno de ellos le había señalado al otro a Philip y a su esposa, le dijo que eran los padres del campeón de atletismo de la escuela y el otro había expresado su asombro:

—¿Esos dos? ¡Imposible!

—Que sí. Lo he visto con ellos.

—¿Ese hombrecito y esa mujer indescriptible? No me extraña que los oculte.

Muchos hombres habrían guardado rencor a un hijo tan superior a ellos físicamente, pero Philip quería demasiado a John para que entre ellos pudiesen surgir la envidia o el resentimiento.

—Tienes buen aspecto. Demasiado pálido, tal vez. ¿No te estarás pasando con los estudios?

—Creo que no, papá. Aunque por las noches les dedico un par de horas. No quiero ser oficinista toda la vida.

—Claro que no —contestó Philip en voz baja.

John agarró el brazo de su padre.

—No era mi intención...

—No te preocupes. ¿Qué haces en este barrio? ¿Te has mudado?

—No, sigo viviendo en Great West Road. He ido a visitar a un amigo.

Se produjo un silencio incómodo, hasta que Philip lo rompió:

—Te echo muchísimo de menos.

—Ya lo sé. Y yo te echo de menos a ti, papá. Pero tenía que irme y tú lo sabes.

—Sí, tenías que irte.

John introdujo los dedos en su pelo para peinarse.

—No soportaba más tiempo el ambiente de casa. ¡Esas broncas continuas! Las recuerdo como una pesadilla interminable. —Miró a Philip, indeciso—. ¿Cómo está madre?

—Como siempre.

—Ahora que me he ido, te tocará a ti aguantarlo todo.

—Eso no tiene remedio. ¿Qué tal tu alojamiento?

—Oh, está bien —contestó John, quizá con demasiada prisa. Evitó mirar a Philip.

—La última vez que nos encontramos me dijiste que tu patrona tenía una hija de tu edad.

—Sí.

—Eso no me dice gran cosa. ¿Cómo es?

—Pues no sé. Bastante amable. Aunque las chicas son... raras. Nunca sé qué pensar de ella.

—Me gustaría verte de vez en cuando. ¿Crees que podría ir alguna noche a tu alojamiento para charlar un rato?

Otro silencio incómodo y luego:

—Preferiría que no lo hicieras, papá. No sabría justificar tu presencia. Verás, no quería tener que dar demasiadas explicaciones y le dije a la señora Lemon que era huérfano.

—Ya.

—No te pongas así, papá. Ya sé que borrarte de esa forma me hace parecer desalmado, pero solo lo hice porque no quería explicarle los motivos que no me permitían seguir viviendo en casa.

—No te preocupes. Pero ¿no podemos quedar alguna noche y dar un paseo o entrar en un *pub* a tomarnos una cerveza y charlar un rato?

—Me encantaría, papá. No sé cuando podré, porque últimamente no me queda mucho tiempo libre, pero te llamaré a la oficina y lo organizaremos. Ya sabes que por las noches estudio. Además, he ingresado en un club de remo y también está Gladys, que es la hija de la señora Lemon. Gladys y yo vamos al cine bastante a menudo, así que... no me queda mucho tiempo.

John pasó todo su peso de un pie al otro.

—Se hace tarde —dijo.

Philip suspiró.

—Sí, se hace tarde. Bueno, espero que una noche de estas volvamos a encontrarnos.

—Yo también, papá.

Se estrecharon las manos. Philip permaneció bajo la farola y observó a su hijo alejarse rápidamente de él. Tenía la garganta seca cuando se adentró en la calle en la que vivía.

La formaban dos hileras de casitas de ladrillo, todas construidas siguiendo los mismos planos e idénticas hasta en los más mínimos detalles. Cada una tenía delante un jardín minúsculo, rodeado de un seto. Algunos estaban podados con esmero, pero el de casa de Philip era irregular y había crecido demasiado. Hacía mucho que Philip no se dedicaba a la jardinería. Cora se había quejado del coste de las semillas y las herramientas, de lo mucho que ensuciaba la casa, de los resultados de sus esfuerzos, que nunca eran tan buenos como los de sus vecinos. Así que Philip había renunciado al jardín y ahora Cora se quejaba de su aspecto abandonado. En los veinticinco años que llevaban casados, Cora nunca se había quedado sin motivos para quejarse.

Lo estaba esperando levantada. Siempre lo esperaba levantada y miraba hacia el reloj en cuanto él entraba. Llevaba el pelo, ralo y canoso, separado en mechones envueltos en papel para rizarlo. Sobresalían por toda su cabeza y parecía una estrella de mar. Se había quitado la ropa, salvo el corsé y las bragas, y puesto un sucio kimono de flores. Al corsé le faltaban algunas ballenas y, como lo había aflojado, formaba bultos en los sitios más inesperados. El kimono —o quizá su forma de sentarse— dejaba las piernas al aire hasta los muslos. Eran gordas y deformes, como dos salchichas de cerdo. Cora tenía los ojos huraños y la boca malhumorada. Philip apartó la mirada. No soportaba mirarla.

Sobre el regazo se veían un cesto de zurcido y un montón de calcetines, pero Philip sabía que si buscaba bajo el cojín aplastado tras su ancha espalda encontraría alguna revista para mujeres —*Peg's Paper* o *Film Weekly*— y una bolsa pegajosa de galletas de chocolate rellenas de crema. La cesta de zurcido solo era un decorado, para ayudarla a mantener su papel de ama de casa trabajadora que sufre desde hace mucho tiempo. Todas las noches tenía a mano el montón de calcetines, para ponerse con ellos en cuanto lo oía llegar. Siempre eran los mismos calcetines y los agujeros nunca disminuían.

La habitación era un batiburrillo de muebles cochambrosos. Tenían un salón en la parte de atrás de la planta baja, pero estaba cerrado porque Cora se quejaba de que usarlo suponría más trabajo para ella. La única bombilla, cubierta por una pantalla de papel y que colgaba del centro del techo, no bastaba para ver claramente la suciedad que se ocultaba en los rincones, pero ambos sabían que estaba allí. De día no había mucha más luz en la habitación porque

Cora mantenía las cortinas cerradas; aunque la suciedad se apreciaba igualmente.

—Bonita hora para volver a casa noche tras noche. Supongo que dirás que te has quedado trabajando hasta tarde en la oficina, pero a mí no me engañas con ese cuento, Philip Marshall. Ningún jefe tiene ocupados a sus empleados hasta las once o las doce todas las noches. Si así fuera, te pagaría horas extra y yo aún no he visto ni un penique de más.

La cena de Philip estaba desparramada en un rincón de la mesa: un trozo de pan, un pedazo de mantequilla en un plato grasiento, los restos de una pierna de cordero que había cumplido con su deber durante cinco días y ya tenía pinta de resistirse, unos tristes encurtidos en un platillo, una tetera con el líquido tibio. Philip apartó el cordero, untó una corteza de pan con la mantequilla y abrió el periódico frente a él.

—No creas que no sé dónde pasas las noches. Te han visto. Te vio el señor Greener. Todas las noches vas a The Hole in the Wall a tragar cerveza. No me gusta. No lo permitiré. Si tienes dinero para cerveza, dame más para los gastos de la casa.

Cora no lo miraba directamente mientras despoticaba. Fijaba la vista en un punto por encima de su cabeza. Hacía años que no se miraban el uno al otro a los ojos. Philip tenía la sensación de que si lo hicieran algo se rompería.

—Me gustaría darme un baño —dijo sin apartar la vista del periódico—. ¿Hay agua caliente?

—Sabes perfectamente bien que no hay agua caliente. Tengo más que hacer que pasarme el día alimentando el fuego por si acaso tú quieres darte un baño. Por no hablar

de quemar carbón cuando la tonelada cuesta cuarenta y ocho chelines. Ya hago bastante con tener agua caliente una vez a la semana. Pero si el señor desea bañarse más a menudo, será mejor que se vaya a vivir al Ritz.

—Deberíamos tener un calentador.

—¿Y quién lo pagaría? Si se me permite preguntar.

—Yo. Los alquilan por pocos chelines al trimestre y no consumen mucho gas.

—¡No me digas! Pues escúchame bien, Philip Marshall: si puedes permitirte un calentador, también puedes darme más dinero. No hay ni una sola mujer en la calle que tenga que apañárselas con tan poco como yo. ¡Cinco libras a la semana para todo! Me gustaría ver la cara de la señora Greener si su marido pretendiera que se las arreglara con eso. Pero claro —empleó un tono socarrón que logró que a Philip le entraran ganas de retorcerle el cuello—, el marido de la señora Greener no se ha contentado con ser oficinista toda su vida. Dentro de unos años la señora Greener tendrá coche propio y yo... yo seguiré trajinando sin descanso, economizando y ahorrando para llegar a fin de mes. Si tuvieras algo de hombre pedirías un aumento y te lo darían.

Philip sonrió para sus adentros. No le había contado que en los dos últimos años había pedido un aumento en dos ocasiones y se lo habían concedido. No tenía la más mínima intención de entregarle más dinero. Sabría dios qué hacía con la cantidad que ya le daba. En la casa no lo gastaba: hacía años que no tenían siquiera unas cortinas nuevas. Tampoco lo empleaba en comida o, si lo hacía, la estafaban, porque Philip no recordaba haber tomado ni una sola comida decente en su propio hogar.

—Ni siquiera eres útil en la casa. Hace semanas que te dije que hay un peldaño roto en la parte alta de la escalera, pero no has hecho nada al respecto. Supongo que estarás esperando a que tropiece en él y me rompa el cuello.

Philip mantuvo la vista en el periódico y la dejó despotricar sin descanso. Pero no leía. Le resultaba imposible con el alboroto que armaba esa lengua mordaz. Imaginaba respuestas a todo lo que ella decía, aunque sin pronunciarlas. A Cora le gustaba que le contestara para poder montarle una escena y vociferar como una posesa. Cuando él se contenía, la fastidiaba más.

—No entiendo por qué me casé contigo. Tenía muchas otras posibilidades. Si me hubiese casado con Dick Burbage jamás habría tenido que mancharme las manos. Pero no, tuve que casarme contigo. Te he dado los mejores años de mi vida y, ¿qué he recibido a cambio? Una vida de trabajo duro y pesado. Tú no vuelves a casa hasta muy tarde. Te veo tan poco que podría ser viuda. Creo que me odias. Sí, me odias. No hace falta que lo niegues.

—No pensaba negarlo —contestó Philip sin alzar la voz. Cora lo miró y se puso colorada de ira.

—Animal. Eres un animal.

Philip se levantó y se fue. La voz de ella, estridente y llena de odio, lo siguió escaleras arriba. Avanzó a tientas porque el vestíbulo, las escaleras y el rellano de arriba estaban a oscuras. A Cora no le gustaba comprar bombillas. Cuando una se fundía, la reemplazaba por otra que quitaba de cualquier rincón de la casa. De momento había bombilla en el dormitorio de Philip, porque él la había comprado unos días antes, pero sabía que la próxima vez que una

bombilla se fundiese, Cora la sustituiría por la que había en su casquillo.

La cama estaba sin hacer. Aquella mañana Philip tenía prisa y se había marchado a la oficina sin hacerla. Tras cierta cantidad de discusiones con Cora había conseguido un dormitorio para él solo. El sentido de la decencia de Cora se había visto ultrajado al pensar que marido y mujer pudiesen dormir separados.

«¡No te importa el trabajo que creas!», había estallado cuando Philip señaló que llevaban muchos años compartiendo lecho con el único propósito de dormir y que ambos dormirían mucho más cómodamente si lo hacían separados. «¿Cuántos pares de manos te crees que tengo? Ya tengo demasiado qué hacer, no puedo con todo. No me queda tiempo para hacer otra cama y limpiar otro dormitorio». Philip le contestó: «Si eso es lo que te preocupa, yo me ocuparé de mantener la habitación como es debido».

Cora se lo tomó al pie de la letra. No había entrado allí desde que él se quedó con el cuarto, salvo para apropiarse de sus bombillas y husmear entre sus pertenencias, en busca de pruebas de infidelidad.

Cora daba mucha importancia a la fidelidad. Era el salvavidas al que se agarraba cuando, en medio de una discusión conyugal, se encontraba a punto de perder pie. «Soy una buena esposa. Siempre te he sido fiel». Philip ya no pensaba, como había hecho cuando era joven, que la fidelidad fuese el factor más importante en un matrimonio. No le importaría demasiado que Cora se entregase —con sus rizos de papel, su kimono y todo lo demás— al lechero, al carbonero o a cualquier otro tipo, con tal de que en casa fuera más amable.

Capítulo 3

RING... RING...

Philip se tapó con la almohada e intentó agarrarse al sueño que se le escapaba. Un momento más para soñar, otro breve período para huir de la realidad. Pero resultaba imposible negar la presencia del rojo diablillo de hojalata sobre su mesilla de noche. Llevaba escrito: «RotoRex, la alarma de fiar», y el rojo diablillo de hojalata cumplía lo que prometía. Ring... Ring... Le gritaba al oído con insistencia, en tono autoritario: «Las siete y media. Hora de levantarse». Philip tanteó la mesilla con los dedos y le dio un golpe al despertador que lo lanzó lejos. Rodó por el suelo sin dejar de sonar con la misma intensidad y estridencia. Se levantó y le retorció el cuello.

Descalzo, con su descolorido pijama de algodón que había encogido al lavarlo y que dejaba a la vista sus huesudos tobillos, se acercó de puntillas a la puerta y la abrió sin hacer ruido. Aliviado, escuchó los sonidos familiares

que salían de la habitación de Cora. Rrrr-zzz. Rrrr-zzz. Rrrr-zzz. Era Cora roncando. Roncaba como un dúo de bajo y soprano. Por suerte el rojo diablillo de hojalata no la había molestado. Despertar a Cora por la mañana temprano era una forma segura de empezar mal el día.

Se detuvo ante la ventana abierta y respiró a fondo cuarenta veces, al tiempo que estiraba los brazos en el momento de inhalar y los dejaba caer a los costados cuando exhalaba. Su periódico preferido le había informado de que era buena idea. Se roció el pelo, cada vez más escaso, con un tónico muy anunciado y masajéo con los dedos el cuero cabelludo. Inspeccionó su calva con la ayuda de dos espejos y negó con la cabeza. Empezaba a perder la fe en su tónico capilar. Llevaba tres meses usándolo noche y día y la calva —que al principio tenía el tamaño de un chelín— ya debería estar cubierta por un cabello denso y brillante. En cambio, había crecido hasta alcanzar el diámetro de un florín.

Tras afeitarse, se desnudó hasta la cintura y se lavó vigorosamente en agua fría. Después de frotarse con una toalla áspera se sintió muy vivo. No había nada mejor que el agua fría, reflexionó, para espabilarse por las mañanas. Eso lo pensaba a diario. Llevaba años jugando con la idea de empezar el día con un baño frío, pero existía el peligro de que el agua al correr despertase a Cora y, además, una bañera llena de agua fría puede resultar gélida.

Ya vestido con un pulcro traje azul, se detuvo ante el espejo de su tocador, ajustó el nudo de la corbata y apartó una cana de la chaqueta. Las entradas que ahora tenía habían ampliado su frente y aportaban un toque de distinción a un rostro que, por lo demás, resultaba insignificante.

Al mirarse en el espejo, esa cara le parecía tan suya y tan familiar que no se le ocurría pensar que podría pertenecer a millones de otros hombres; pero no la habría reconocido como propia si se sentara frente a él en el metro, unida a otro cuerpo. Era uno de esos rostros sencillos, funcionales, sin rasgos destacados que acompañan a los cuerpos de tantos ingleses cuarentones de clase media. Incluso el bigote recortado era del montón.

Había dejado la cama ventilándose mientras se aseaba y vestía. La hizo con eficiencia y rapidez. Bajó sigilosamente, con los zapatos en la mano, recogió el periódico y la leche del felpudo y entró en la cocina. Puso al fuego la tetera y limpió los zapatos mientras esperaba a que el agua hirviese.

La alacena olía a comida rancia. Una de las formas preferidas de Cora para economizar consistía en hacer acopio de pedazos de una cosa u otra en platillos y tazas rajadas. Algunos de esos restos tenían una especie de pelillos blancos y esponjosos. Había varios huevos en un cuenco. Philip rompió uno en una taza y enseguida se tapó la nariz. Al tirarlo se fijó en que la cáscara tenía un sello que anunciaba: «Producto de China».

Desayunó tostadas y té y le echó una ojeada al periódico mientras comía. No había nada digno de leerse, pues se trataba de uno de esos diarios ilustrados que atienden a los gustos de gente como Cora; pero miró los dibujos. A las ocho y veinticinco cepilló su viejo bombín hasta que casi pareció nuevo, se lo encasquetó en un ángulo formal sin que resultase excesivo, cogió su paraguas del perchero y salió de casa.